

# Condiciones sociales de vida y autorreflexividad en el movimiento de okupación

(Social life conditions and self-reflexivity in the squatters' movement)

Martínez López, Miguel

Univ. de Vigo. Fac. CC. Educación. Dpto. Socioloxía,  
CC. Política e da Admón. e Filosofía. Campus de Ourense.  
32004 Ourense  
E-mail: mm@uvigo.es

Recep.: 23.05.02

BIBLID [1137-439X (2003), 24; 707-738]

Acep.: 19.08.02

*A partir de entrevistas personales, cuestionarios, observación participante, textos y análisis contrastados de otras investigaciones cualitativas sobre el movimiento de okupación en el estado español, se ofrecen algunas respuestas a cuestiones para las que las teorías de los movimientos sociales suelen tener pocas pruebas empíricas. Se trata de los orígenes de clase y las condiciones laborales de las personas activistas en la okupación, de su organización del tiempo "doméstico" y, sobre todo, de sus valoraciones de las experiencias vividas y del alcance de la autogestión practicada. Esta exploración se opone a la representatividad estadística (que el propio movimiento elude y que se considera aquí irrelevante) para comprender el sentido político de este tipo de intervención urbana. Se pueden comprobar, en definitiva, las limitaciones existentes para conseguir la igualdad de géneros, el comunismo doméstico y unas fluidas relaciones con los vecindarios donde se localizan los centros sociales okupados y autogestionados por estos grupos juveniles.*

*Palabras Clave:* Movimientos sociales. Clases sociales. Auto-organización.

*Espainiako Estatuko okupazio mugimenduari buruzko elkarrizketa pertsonalak, galde sortak, behaketa parte hartzailea, testuak eta garrantzizko beste ikerlanekin kontrastatuak oinarri harturik, gizarte mugimenduen teoriek froga enpiriko gutxi dituzten galderen erantzun batzuk eskaintzen dira lan honetan. Hona zertaz ari garen: okupazioan ekintzaile diren pertsonen klase jatorria eta lan baldintzak, "etxeko" denboraren antolaketa eta, batez ere, bizi izandako esperientzien balorazioak eta gauzaturiko autogestioaren garrantzia. Esplorazio hau ordezkatzeko estatistikoaren kontra ezartzen da -mugimenduak berak ordezkatzeko hori sahiestu eta hemen garrantzirik gabekotzat jotzen da- hiriko esku hartze mota horren zentzu politikoa ulertzerakoan. Sexuen berdintasuna lortzeko mugak, etxeko komunismoa eta gazte talde heuek okupatu eta autogestionaturiko gizarte zentroen inguruko auzoekiko harreman errazak egiaztatzen dira axkenik.*

*Giltza-hitzak:* Gizarte mugimenduak. Gizarte klaseak. Autoeraketa.

*A partir d'entrevues personnelles, de questionnaires, d'observation participante, de textes et analyses comparées à d'autres investigations qualitatives sur le mouvement de "squatterisation" dans l'état espagnol, on propose quelques réponses à des questions pour lesquelles les théories des mouvements sociaux ont en général peu de preuves empiriques. Il s'agit des origines de classe et les conditions de travail des personnes activistes dans le fait de squatter, de l'organisation de leur temps "domestique" et, surtout, de leur valorisation des expériences vécues et l'obtention de l'autogestion pratiquée. Cette exploration s'oppose à la représentativité statistique (que le propre mouvement élude et qui est considéré ici comme insignifiant) pour comprendre le sens politique de ce type de recherche urbaine. On peut vérifier, en définitive, les limites existantes pour obtenir l'égalité de genres, le "communalisme" domestique et des relations fluides avec le voisinage où se trouvent les centres sociaux squattés et autogérés par ces groupes de jeunes.*

*Mots Clés:* Mouvements sociaux. Classes sociales. Auto-organisation.

“El sistema es capaz de matar dos pájaros de un tiro al llevar a sus oponentes a ofrecer ‘soluciones constructivas’ a sus propias crisis. De hecho necesita una cierta oposición para dar cuenta de los problemas, forzarlo a racionalizarse, probar sus instrumentos de control y proveer de excusas para imponer nuevas formas de control. Las medidas de emergencia se convierten imperceptiblemente en procedimientos normales y, de igual forma, regulaciones que normalmente podrían ser contestadas, se introducen en situaciones de pánico. La lenta y constante destrucción de la personalidad humana por todas las instituciones en la sociedad alienada, desde la escuela y la fábrica a la propaganda y el urbanismo, aparece como normal cuando el espectáculo enfoca obsesivamente crímenes individuales sensoriales, manipulando a la gente hacia una histeria a favor del orden público.”

(Ken Knabb, 1997)

## 1. LA RENOVACIÓN DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES URBANOS

Al analizar el movimiento de okupación y los procesos sociales que le dan sentido y en los que ese conjunto de activistas y simpatizantes han participado de forma intensa y significativa, me ha impulsado un cierto espíritu *desmitificador* acerca del papel de los movimientos sociales en nuestra sociedad: tanto en relación a sus valores de radicalización democrática y de legitimación de la desobediencia civil, como en relación a sus contradicciones internas y límites de intervención social *externa*.

Considero, en cualquier caso, que el movimiento por las okupaciones ha significado una aleccionadora prueba de relativa liberación de espacios urbanos, donde mucha gente se ha socializado lejos de individualizarse más y donde se han autogestionado numerosos aspectos de la vida cotidiana detrayéndolos de la asfixiante mercantilización dominante en nuestro entorno. Puede ser más o menos discutible cómo se han hecho las cosas y cuál ha sido el grado de incidencia social en las políticas urbanas o en el resto de movimientos sociales, pero creo que los movimientos urbanos futuros tendrán que aprender de la historia de la okupación, como desde ésta se aprendió –algo– del movimiento ciudadano y vecinal de los años ‘70.

En general, se puede observar que las prácticas de rebeldía juvenil, de transgresión de leyes injustas o de códigos morales opresivos, trascienden su propia manifestación: son deseos de comunicación de otros modos de organización social más racionales y libres, no simple desviación o automarginación en un entorno urbano caótico. La sociedad adulta o las autoridades pueden perseguir o castigar esas conductas, pero lo hacen casi siempre desde la irresponsabilidad de quien no quiere saber nada de las justificaciones de quien compone el movimiento. En este sentido, me he propuesto un ejercicio de retomar sus propias palabras y acciones, sus propuestas y producciones de creatividad contracultural, organizándolas de forma comprensible y analizándolas en sus contextos significativos, de forma que salgan a la luz y puedan ser valoradas por toda la sociedad.

Todo ello es lo que obstaculizan las versiones parciales y simplificadoras que provienen de los medios de comunicación, de las autoridades políticas, policiales y hasta politológicas, e incluso de la izquierda social más tradicional y conformista con los medios institucionalizados de protesta que existen. Los estudios sociológicos, por el contrario, deben alternar, en mi opinión, la presentación y descripción del mundo de vida de los movimientos sociales, o de cualquier colectivo, y su análisis e interpretación según unos esquemas que hagan comprensibles las estrategias y los detalles de lo sucedido. Por esta razón he optado por un enfoque metodológico de investigación lo más *dialéctico* posible, concediéndole aquí prioridad a las técnicas de observación participante, a la información procedente de talleres de debate y de devolución informativa de análisis previos, al autoconocimiento del movimiento a través de sus propios textos y discursos, y a la contrastación y articulación de datos secundarios (incluidas las entrevistas personales y los grupos de discusión realizados por otras personas) y datos primarios (fruto de mis propias entrevistas y conversaciones, de mis notas, archivos y estadísticas elaboradas a partir de los medios de contrainformación) (Ibáñez, 1985).

En mi opinión, el movimiento de okupación, sobre todo en cuanto se manifiesta en edificaciones urbanas y en la autogestión de CSOA, ofrece un excelente ejemplo de diversidad y radicalismo en las formas de participación urbana existentes en las tres últimas décadas del siglo. Podemos considerarlo como un caso específico de MSU (Movimiento Social Urbano): uno de los que más relaciones mantiene con otros MS (Movimientos Sociales) y uno de los que más atraen a sectores juveniles de la población, si lo comparamos con otros MSU tradicionales (el asociacionismo vecinal, principalmente). Pero también es un caso específico de (nuevo) MS: uno de los que más promueven y practican la autogestión de la vida cotidiana y del espacio público como valor de uso, aunque, como es lógico, en su curso de acción es posible observar lo difícil de culminar plena y satisfactoriamente este tipo de apuestas (Castells, 1986; Pickvance, 1985, 1986; Villasante, 1995; Rucht, 1991).

También creo conveniente advertir que la calificación de *autogestionario* para este movimiento se sustenta no sólo en las propias autodefiniciones de quien lo dinamiza, sino también en mi propia valoración de la articulación muy explícita, original y “transversal” que hace –en tanto que movimiento, no sólo en cada okupación particular– con tres ejes básicos de la participación urbana: 1) la práctica del poder social como creatividad y resistencia a la dominación; 2) la transformación urbana desde ámbitos productivos, reproductivos y ecológicos alternativos a la participación formal en el urbanismo, 3) la conexión entre diversos MS produciendo efectos sociales de comunicación, socialización política, apropiación popular de los espacios, contracultura y retos de democracia directa a la gobernabilidad local y urbana, que responden de manera concreta y local a dominaciones globales (Martínez, 1998; 2000).

Este movimiento se conjuga en plural. Es decir, tiene diferentes historias y pone de relieve distintas dimensiones centrales en cada país y metrópolis, pero

creo que en el contexto del Estado español pueden apreciarse unas pautas comunes y unos específicos vínculos con el reciente pasado de luchas sociales. De este modo, podemos describir las recomposiciones políticas operadas por la okupación dentro de “lo libertario” y no sólo sus prácticas culturales de socialidad urbana, tal como hacen otros observadores académicos. Mi objetivo, pues, es señalar, dentro del limitado espacio disponible ahora, algunas de las singularidades del movimiento okupa en España, relativas a su composición social, a sus condiciones de vida activista y a sus propios discursos de autocrítica.

Aunque me he acercado al movimiento desde distintas perspectivas, me centraré aquí en el análisis de entrevistas personales y de numerosos debates en los que devolví algunos datos de mis anteriores investigaciones sobre/desde el movimiento okupa. Utilicé también datos cualitativos provenientes de otros estudios y las informaciones recogidas mediante “conversación” en una veintena de cuestionarios (sobre todo, en Madrid y Barcelona, ya que mucha gente que recibió el cuestionario en otras ciudades –Córdoba, Valencia, Barcelona, Coruña, Murcia, Burgos, Madrid, etc.– me manifestó que les resultaba útil para suscitar debates en momentos de reflexión interna, pero no lo respondían por estimarlo muy denso, extenso o incluso “violento”, a pesar de que siempre insistí en el carácter independiente del estudio y en mi compromiso de “*hacer públicos todos los datos, una vez procesados, entre la gente relacionada con los CSOA, para que sirvan de base a reflexiones colectivas sobre la propia historia y sobre el futuro inmediato*”) (para metodologías afines en cuanto a complejidad y orientación participativa remito a Kasmir, 1999; Funtowicz y Ravetz, 2000; Villasante et al., 2000).

## **2. LA ALTA HOMOGENEIDAD DE EDAD ADULTA-JOVEN Y LA DIFERENCIA SEXUAL**

Fijémonos, en primer lugar, en los dos primeros indicadores relevantes del cuestionario, que se refieren al sexo y la edad, rescatando las siguientes observaciones:

- Contestaron 9 chicas y 10 chicos, por una parte; con edades entre los 19 y los 30 años, los chicos, y entre los 20 y los 28 años las chicas, por otra parte;
- la edad media en ambos grupos es de 23 años, tanto en conjunto como por separado;
- si nos fijamos en los extremos de ambos rangos de edad, tenemos que entre los más jóvenes hay 2 chicos de 19 años y 3 chicas de 20, así como un solo caso de 30 años entre los chicos y uno de 28 entre las chicas;
- convirtiendo esas cifras en porcentajes más generalizadores, podemos concluir lo siguiente: más de la mitad de los activistas serían chicos (un 53%

frente a un 47% de chicas) y con edades entre los 19 y los 23 años, incluidos, (un 63% frente a un 37% de mayor edad).

Por lo que conozco del movimiento, considero que estos datos de la estructura demográfica son bastante cercanos a la distribución realmente existente por edad y sexo (no obstante su carácter “no mayoritario”, parece existir una sobrerrepresentación porcentual de las chicas, que, en realidad, podría rondar el 40% o menos en muchos CSOA). Se trata de un colectivo de población joven, pero en su gran mayoría ha superado la edad por la que se nos considera legalmente adultos (los 18 años en el Estado español). Además, no es nada desdeñable una amplia “minoría” de población mayor de 23 años (pasando a veces de los 35 años, como he podido comprobar ocasionalmente en varias okupaciones) que está en el movimiento, o, mejor dicho, que permanece en él si nos fiamos de la hipótesis de que se trata de los y las activistas más veteranas y con más experiencia en el mismo.

En una entrevista a un joven okupa de Barcelona que había estado antes en Berlín, se puede corroborar esa misma curva de edad, con sus correspondientes desviaciones típicas:

“Aunque la mayoría es bastante joven, chavales de diecisiete, dieciocho, hasta treinta y dos, treinta y tres, yo conozco a gente bastante pureta que está ahí. En Alemania, en la casa donde estuve al principio, había un yoyote que era una caña de tío; tenía sesenta y pico de años y había sido ladrón de bancos... También está el caso de una mujer de unos cincuenta años a la que echaron de su casa. Estaba desesperada y le dijimos que ocupara un piso, uno que era del Patronato de Vivienda. La mujer habló con los vecinos y tal y le dijeron que adelante, que pillara el piso, y ahora la tía está feliz” (Ehrenhaus y Pérez, 1999: 55).

Y desde el punto de vista de la distribución por sexo, también podemos reforzar lo expresado en algunas entrevistas por las chicas cuando afirman que, para ellas, algunas de las exigencias de la lucha por las okupaciones les resultan más difíciles de sobrellevar que a los chicos. Un ejemplo de ello es la maternidad: sólo la encuestada de mayor edad tiene una hija. En una reciente agresión policial a la Casa de la Muntanya conocimos que había en aquel momento dos personas de 5 años de edad y una de 9 a la que se le permitió su salida de la casa –sitiada por la policía en plena batalla campal– por mediación de la representante municipal de los derechos civiles para evitar que sus progenitores perdiesen la “patria potestad”. Otro problema es la distribución equitativa de tareas domésticas, incumplida en algunas ocasiones por los chicos.

Como manifestaban en una okupación por la que había circulado un buen número de personas durante más de los 15 años que permanece la experiencia: *“Unas vienen y otras se van, más bien otros, pues el número de hombres ha superado con creces al de mujeres, lo que confiere una forma de ver y hacer el mundo desde lo masculino.”* (Arditurri, en AA.VV., 2001: 88). Al mismo tiempo, en el relato de un okupa francés después de haber pasado una temporada en okupaciones de Barcelona, se recogen las palabras de una compañera de Vall-

carca: “a mí el movimiento me ha ofrecido una alternativa de vida. Me satisface y en tanto que mujer yo me siento mucho más libre. Hay mucho machismo en el movimiento, pero menos que en la sociedad.” (en Squat-textes, 1999). Hasta los informes policiales que se les suministraron a la prensa, parecen reflejar esta situación: “A diferencia de lo que pasa en tribus urbanas más machistas, el movimiento okupa se caracteriza por la abundante presencia de mujeres en su seno.” (El País, 30.10.1996). Pero las okupaciones son lugares abiertos donde a veces las relaciones de género se vuelven conflictivas, y también son habituales las críticas de los grupos de mujeres organizadas (denominados tradicionalmente “feministas”) hacia muchos comportamientos cotidianos en el interior de las okupaciones:

“En el centro social trabaja un grupo de cuatro mujeres, El espejo de Venus. La convivencia en el CS Huertax entre militantes, con una relativa conciencia antipatriarcal y gente no-militante, que básicamente acudía a las actividades del CS, lógicamente genera conflictos. Por ejemplo, los chavales que participaban en el taller de Skate Board, echaron a una pareja de homosexuales de una fiesta por besarse. Las chicas del Espejo de Venus pusimos un cartel explicando los comportamientos machistas de la casa. Por ejemplo, si nos íbamos a un concierto, a las parejas le preguntaban al chico que qué iba a hacer, y a la chica no le preguntaban porque se suponía que iba con él. La denuncia de estos comportamientos provocó un enfrentamiento con estos chavales, con los que la gente más militante acababa muchas veces casi a hostias. Agresiones sexuales no hubo: las chicas del colectivo eran bastante criticadas, pero también se hacían respetar, dejaban claro que no se dejaban babosear. En las asambleas de Soweto habalaban más los chicos que las chicas. El Espejo de Venus sacó un comunicado a Soweto en el que les decían que les coartaban a la hora de hablar, incluso por el tono de voz, que era más fuerte. Y eso no se solucionó, a pesar de que se intentaba bajar el tono en las asambleas” (Wilhelmi, 1998: 80).

Es importante señalar, pues, que no se trata de un movimiento exclusivamente masculino y que la presencia de las mujeres es bastante relevante y afín al carácter de “vivencia total” de las okupaciones, uniendo indistinta y complejamente la transformación social en la vida pública y en la privada. Al igual que en el movimiento de los radios libres o en el del antimilitarismo, existen diversas iniciativas comunicativas específicamente feministas dentro del movimiento de okupación, como lo muestra la publicación de tres números, por lo menos, con periodicidad aproximadamente anual, del periódico-revista *Mujeres Preokupando*. Esta publicación, en su tercera entrega, anuncia en el “editorial” su estrecho vínculo con varios CSOA de Barcelona en los que se reunieron para coordinar actividades, maquetar la revista y recaudar dinero; pero también es sintomático (de su visión *instrumental* de la okupación o de la intensidad y amplitud de sus visiones feministas que ofrecen al mundo okupa tanto como al resto de movimientos sociales) el hecho de que sólo una de sus 50 páginas se dedique a la okupación (en particular, a una protagonizada por mujeres, La Eskalera Karakola).

Creo, de todos modos, que sólo en algunos temas se puede marcar claramente la intervención de la fractura social por razón de género (discrimi-

nación, explotación, diferenciación, etc.), como también veremos más adelante. Mi hipótesis a este respecto es que las chicas y mujeres okupas que se dedicaban también de forma muy central a luchas feministas, le han seguido dando más importancia a esas reivindicaciones y con mucha frecuencia no han encontrado todo el respaldo y apoyo que deseaban dentro del movimiento okupa, en prácticas cotidianas sobre todo. De ahí su necesidad de okupaciones específicas de mujeres o de crear una red de contrainformación feminista entre okupaciones. En cambio, las chicas y mujeres okupas que no realizaban un trabajo específicamente feminista, sin mostrarse necesariamente reacias a él, se han sentido integradas en bastante igualdad de condiciones (con los malestares y discriminaciones que, en ocasiones, también manifiestan) en las actividades y reivindicaciones centrales de cada okupación.

### **3. LA COMPLEJIDAD DE LA CLASE SOCIAL Y LA CONTINUIDAD DE LA LUCHA DE CLASES POR OTROS MEDIOS**

El siguiente grupo de preguntas se refieren a la posición de clase social de estos y estas activistas. Para alcanzar alguna conclusión significativa sobre esta cuestión, se utilizaron varios indicadores que pueden cruzarse mutuamente, aunque alguno de ellos también posee valor por sí mismo. Básicamente, pueden dividirse en dos grupos: por un lado, los que apuntan al origen familiar de clase y, por otro, los que apuntan a la situación actual de in/dependencia y de situación económica y laboral. En ambos casos desentrañaremos las diferencias de estudios formales, de ingresos dinerarios y de situación laboral.

En cuanto al origen familiar de clase podemos distinguir los siguientes datos:

- 2 chicas son licenciadas universitarias, 1 chica diplomada, 2 estudian licenciaturas, 3 estudian carreras medias y 1 declara haber finalizado COU;
- 2 chicos licenciados superiores, 1 estudia una licenciatura y todos los demás manifiestan haber finalizado COU o BUP;
- 12 de sus padres y madres (el 35%) tienen finalizados estudios primarios (5 casos) o secundarios (7 casos), mientras que los 25 padres y madres restantes (el 65%) poseen estudios universitarios finalizados (6 diplomaturas frente a 19 licenciaturas);
- las ocupaciones laborales de sus padres y madres se distribuirían entre 24 casos (el 80% de los que trabajan asalariadamente) de empleos medios y superiores, técnicos, profesionales y ejecutivos; mientras que 6 casos corresponderían a empleos de bajo nivel (el 20% de los que trabajan asalariadamente), 3 casos a padres y madres en paro (el 9% de entre los que trabajan y son “activos” para trabajar asalariadamente) y 3 a población “inactiva” (jubilados y “amas de casa”);

- entre quienes conocen los ingresos mensuales de su familia de origen, en 3 casos dicen que llegan a 150.000 ptas. o menos, en 5 casos estarían entre 150.000 y 350.000 ptas., y en 5 casos serían mayores de 350.000 ptas. (alcanzando 2 casos las 400.000 ptas., otros dos las 500.000 ptas. y uno las 600.000 ptas.);
- por último, aunque en la mayoría de los casos no se especificó, como se solicitaba, el barrio de residencia de la familia de origen dentro de cada ciudad, sí se pudo recoger que en 3 casos las familias provenían de Argentina y en otros 3 de países europeos (Holanda y Noruega).

En cuanto a la situación socioeconómica actual de los y las jóvenes okupas, tenemos lo siguiente:

- Excepto 2 chicas, todas las demás personas manifestaron estar independizadas económicamente de sus padres y madres, habiéndolo hecho la mayoría recientemente, en los dos años inmediatamente anteriores (12 casos, el 75% de las y los emancipados; frente a 5 casos, el 25% emancipadas con anterioridad);
- 6 declararon no tener ningún empleo o estar en paro y 4 no declararon ninguna cantidad económica disponible mensualmente, mientras que todos los demás se ocupaban en diversos trabajos de servicios y de bajo nivel (limpiador, encuestador, peón, dependienta, cuidadora de niñ@s, camarera, vendedora de helados, monitor, educador, maquetador, profesor particular, etc.);
- el dinero disponible mensualmente es, en términos medios, de 37.000 ptas., si tenemos en cuenta los casos en que declaran alguna cantidad y que, excluyendo el único caso extremo con unos "ingresos" de 125.000 ptas. mensuales, esa cantidad media puede descender a 30.000 ptas.;
- en cuanto al tipo de contrato laboral, 2 son temporales, 2 por obra, 2 cotizan como autónomas y el resto no está cubierto por ninguna modalidad legal de contratación;
- en todos los casos se manifiesta haber comenzado a trabajar muchos años antes (una media de 3) de emanciparse definitivamente de la familia de origen, lo cual tiene también su reflejo en la cantidad de trabajos remunerados que han desempeñado desde entonces (una media de 7 empleos);
- por último, 4 dicen que no pagarían nada por un alquiler, 2 que "ahora nada" pero que podrían pagar hasta 15.000 ptas. al mes, 3 que dependería del trabajo que tuviesen, 1 podría pagar 10.000 ptas. al mes que es "*lo que considero justo en mis circunstancias, claro que lo ideal sería no tener que pagar por el hecho de existir*", y, en conjunto, 6 dicen que pagarían hasta 10.000 ptas., 5 hasta 15.000 ptas. y 3 pagarían 20.000 ptas. o más (25.000 y 30.000).



Lo primero que se puede inferir es que la gran mayoría de los y las okupas, que además residen habitualmente en casas okupadas (excepto un caso que lo sigue haciendo en el domicilio materno), es que tienen una alta formación escolar, encaminada hacia la realización de estudios universitarios, cursándolos o incluso habiéndolos finalizado ya. Entendemos que los esfuerzos para costear la consecución de esos títulos escolares suelen ser soportados por la familia de origen, lo cual se apoya perfectamente en el hecho de que la mayoría de los padres y madres de las personas que respondieron poseen una titulación universitaria (el 65 por 100) o, si no la poseen (el 35 por 100 restante), probablemente consideran valiosa esa formación y/o se comprometen a pagarla.

Tanto los estudios, como la posición laboral y los ingresos regulares, nos indican que unos dos tercios (66%) de las familias de origen analizadas son de clase media (o alta, en algunos casos), al mismo tiempo que en el movimiento okupa podríamos distinguir a otro tercio con origen de clase media-baja o baja, más claramente “proletaria” en el sentido común que se le da a este adjetivo (clase obrera tradicional con bajos ingresos y escasa formación y cualificación), incluso con alguna situación de subempleo o desempleo entre sus padres y madres.

Esta distribución, desde luego, no se corresponde con la existente en la población española, en la que, más bien, se invierten los términos (dos tercios pertenecerían a las clases bajas y medio-bajas: ver, por ejemplo, Feito, 1997). Pero esto tampoco puede conducirnos a pensar que embarcarse en una lucha social o en un movimiento urbano es sólo propio de los hijos e hijas de las clases medias, por tres razones: 1) es evidente que por lo menos un tercio de las personas participantes en el movimiento podría adscribirse a un origen “proletario”; 2) la formación escolar superior es más común a todos y todas las activistas, que su origen socioeconómico; 3) su posición de clase actual, una vez emancipadas de sus familias de origen, es un nexo mucho más común y unificador en una condición de precariedad, inestabilidad y carencias económicas, por lo que, en este sentido, estarían representándose a sí mismas mucho más que a su clase social de origen.

En relación con el último punto –la posición de clase actual– debemos hacer notar varios hechos que se desprenden de la información disponible. Por una parte, es evidente que existe una movilidad social descendente en casi todos los casos con respecto a la posición de clase de sus ascendientes familiares. Este descenso social se concreta en la menor cantidad de dinero disponible mensualmente, en los numerosos empleos por los que han pasado de forma inestable durante muy pocos años, en el carácter poco cualificado de los empleos o con retribuciones monetarias inferiores a la cualificación demostrada y, sobre todo, en la extremadamente frecuente “irregularidad” de los tipos de contratación predominantes (ausencia de contrato en la mayoría de casos, temporalidad, eventualidad o inscripción “obligatoria” en el régimen autónomo de la Seguridad Social para regentar un puesto de helados). Por otra parte, no se observan diferencias importantes entre las situaciones de los chicos y chicas que respondieron, a excepción de que en esta escueta muestra entre los chicos hay algunos casos más de trabajos cualificados (tareas edu-

cativas y peón de albañil), que no da lugar a diferencias significativas en el dinero disponible.

Lo que es más significativo de todo esto es que se trata de gente joven que se ha emancipado de sus familias de origen antes de tener un empleo con seguridad o estabilidad, tal como tiende a hacer la mayoría de la juventud de su misma clase social (de origen). Y han sido las casas okupadas las que les han permitido o estimulado dar ese paso, entre otras razones porque en ellas se evitan tener que pagar un alquiler o hipoteca que es una de las partes más cuantiosas del salario que supone tener una casa propia o arrendada en el mercado inmobiliario “libre” de las grandes ciudades (con precios muy superiores a los que estas personas se sienten dispuestas a abonar).

No obstante, esta emancipación familiar, junto al hecho de que a menudo se compatibilizan sus trabajos actuales con la continuación de los estudios y con el activismo reivindicativo de los CSOA, puede hacer plantear la duda de si no estamos únicamente ante una etapa de transición hacia una posición de clase media a la que se aspira, para equipararse a las familias de las que provienen. Esta incertidumbre se sustenta en que la vida en las casas okupadas exige una continua movilidad espacial y una inestabilidad residencial que se puede aceptar sólo en la medida en que algún día pueda mejorar; también en que conocemos numerosos casos en los que los padres y madres siguen ayudando económicamente a sus hijos e hijas okupas amparándose en que aún están estudiando, aunque ya no vivan en el mismo hogar; además, el único caso que aparece en los cuestionarios de la chica que aún no se ha emancipado económicamente de su familia podría ser representativo de un amplio colectivo militante del movimiento que mantiene un contacto intenso con las casas y locales okupados, sin ubicar de forma estable su residencia en ellos y sin depender, de momento, de trabajos remunerados y de ingresos monetarios propios con los que “buscarse la vida”.

“Yo es que para hablar de mi futuro en las okupaciones tengo que hablar del futuro, ¿no?, en el sentido de cuál, qué futuro nos espera, o me espera a mí, ¿no?, en tanto estudiante universitaria en el 98. Pues me espera el paro y me espera la precariedad. Entonces, ante eso, pues supongo que seguir okupando, qué remedio. (...) Si tuviera posibilidades de pagar un piso pues quizás lo pagaría, o estaría pagando ya... pero como no creo que eso sea así nunca, pues no me va a quedar más remedio que seguir donde estoy. (...)

Si estás dispuesta a vivir para trabajar en vez de a trabajar para vivir, pues sí, a lo mejor sí que lo consigues ¿no? De todas maneras, en un estado de permanente incertidumbre y ansiedad, porque eso, con trabajos de un mes o con trabajos de tres meses, ¿en qué alquiler de piso te vas a meter? Al cuarto mes estás que vamos, que no vives, ¿sabes? que te tiras por un puente. (...)

Yo qué sé, hoy en día si nos echan de aquí y no conseguimos okupar otro sitio y estabilizarlo, cogemos otro sitio y si podemos lo alquilamos (...). ¡Tampoco pasa nada! Tenemos que buscarnos la vida. ¡Si se pudiera! Mira, si pudié-

ramos alquilar un sitio como este por cincuenta mil pelas al mes, lo habríamos hecho. O sea que no hay... lo que queremos es un sitio estable para poder tener ciertas cosas, donde poder organizar estructuras y ciertos sitios de reunión, para que los proyectos se mantengan y no se vayan a la mierda. Porque tenemos un proyecto de transformación social, ya te digo" (Navarrete et al., 1999: 22).

Por último, conviene hacer notar que muchas de las personas okupas con las que he hablado rechazan el trabajo asalariado y, en consecuencia, ante la poco probable abolición completa de este régimen laboral en un breve plazo, optan conscientemente por trabajos asalariados de tipo irregular e inestable (aunque desearían, lógicamente, que estuviesen bien remunerados y con condiciones contractuales y de trabajo dignas durante el periodo de temporalidad) que les permitan tener más tiempo de vida para el resto de actividades en las que se involucran. Una joven okupa lo contaba del siguiente modo en una entrevista:

"Digamos que estoy dentro del porcentaje de los pobres que cobran menos de cuarenta y cinco mil pesetas al mes. Es que no me da la gana entrar en la sociedad de macarras capitalistas, no me da la gana de ser fuerza de trabajo. Evidentemente tengo que currar y curro, pero no me motiva ni nada.

Trabajo por temporadas, trabajo en verano, cuando me hace falta. Ahora tengo el chollo del siglo, o sea, me pagan cinco mil pesetas por veinte minutos de agujerear a la gente: hago piercing. Pero en otras épocas me he pasado a lo mejor pues dos años de camarera de seis a tres de la mañana, y no lo hacía por placer, evidentemente, sino porque necesitaba el dinero para subsistir. Mis ideas van más por el rollo de la autogestión y si no la he podido llevar a la práctica, al menos intento salirme todo lo que puedo de este sistema. Me niego a pillar un puesto fijo y a someterme a costa de lo que sea a determinadas condiciones de trabajo. Me gusta marcar esa diferencia ¿no?, y si tengo que elegir entre mi forma de vida y el trabajo, pues elijo mi forma de vida, como hice cuando dejé el bar. Además estaban desalojando casas y es que no podía: no dormía, no comía, iba de un sitio a otro, no paraba y al final dije: 'No puedo'. El jefe se quedó a cuadros. No podía creer que alguien fuera a abandonar un puesto de trabajo. '¿Cómo puede ser que lo dejes?' 'Pues mira, entre una cosa y otra, elijo la otra'.

Hay una serie de gente que nos negamos a pagar ese precio. Si eso conlleva una cierta marginalidad, vale, es una marginalidad asumida". (Ehrenhaus y Pérez, 1999: 123)

En relación con el punto comentado antes de la cita, igual que no sería arriesgado defender la hipótesis de un tercio de clase obrera en el movimiento, también se podría afirmar que un tercio del movimiento (no necesariamente coincidente de forma estructural con el anterior colectivo) defiende el carácter de clase de la lucha contra la especulación y por las okupaciones. En contraste con ello, en los debates, en las entrevistas y en muchos de los discursos explícitos del movimiento, se elude la referencia a la adscripción de clase, se niega todo el tiempo el estereotipo de los *mass media* lanzando en algunas ocasiones contra la identidad estructural del movimiento ("niños bien", "hijos de papá", sin nece-

sidades ni apuros económicos, etc.) y no se considera que se trate de una lucha de clases, en sentido estricto (contra la explotación laboral), sino contra todas las dimensiones del sistema capitalista de dominación (la religión, la información, el sistema político, la destrucción medioambiental, la economía financiera y especulativa, la alienación sexual, corporal y mental en general, etc.).

#### 4. UNA COTIDIANIDAD POCO COMÚN

¿A qué se dedica el tiempo de trabajo en la okupa y en qué proyectos de ella –o acogidos por ella– se participa más frecuentemente y con qué tipo de actividades se subsiste económicamente mientras se vive en la okupa (complementando así la información acerca del empleo habitual)? Veámoslo sintéticamente en los siguientes cuadros:

**¿Cómo se distribuyó el tiempo de trabajo (en tareas colectivas) invertido en la okupa en la que más tiempo has estado?**

Tareas	Horas/semana
Obras	4
Limpieza	6
Comida	7
Asambleas	5
Autodefensa	3
Otras	convivencia, comunicación, decoración, “actividades”

El primer comentario que se puede hacer a estas respuestas es que se han aceptado casi unánimemente las actividades propuestas, tanto para la interrogante sobre el tiempo medio de las tareas colectivas internas del CSOA, como para la ordenación de la implicación personal en las actividades también orientadas al exterior del CSOA. Los añadidos han sido por parte de tres chicas (convivencia, comunicación y decoración) y de un chico (“actividades”, que podemos entender como trabajo en el barrio, manifestaciones, u otras de tipo cultural).

Como se puede colegir a primera vista, las actividades de autogestión doméstica comportan por lo menos la cantidad de 25 horas a la semana y éstas se distribuirían según una prelación bastante clara: primero, unas 7 horas para lo que tiene que ver con la comida (comprarla y prepararla, principalmente); en segundo lugar, unas 6 horas para la limpieza; en tercero, unas 5 horas para asambleas; en cuarto, unas 4 horas para realizar obras y arreglos en las edificaciones; en quinto lugar, unas 3 horas se dedicarían a organizar la autodefensa en previsión de desalojos forzosos o ante ataques de otros grupos sociales.

En todo caso, se debería matizar que: a) la participación en preparar las comidas no siempre está repartida colectivamente en todas las okupas, ya que algu-

nas personas comen fuera o lo hacen de manera individual, si bien es muy frecuente la organización de turnos y las comidas colectivas que ahorran muchas horas a cada persona; b) las asambleas tienen distinta frecuencia de realización según los centros, yendo desde una por semana a una cada dos meses, aunque es posible que algunas personas respondan a la pregunta incluyendo también las horas que dedican a asambleas de otros colectivos o movimientos sociales en los que también participan; c) tanto las obras de reparación como la organización de la autodefensa son actividades coyunturales, que dependen de las situaciones concretas de cada edificación, tanto a nivel físico (la exigencia de rehabilitación o adecuación) como legal (la presión ejercida directamente por la propiedad del inmueble o, indirectamente, por medio del proceso judicial abierto para recuperarlo).

**¿Qué actividades de los CSOA has “usado” más? Ordenar con 1º, 2º, 3º...**

	1º	2º	3º	4º	5º	6º
Políticas (charlas, asambleas...)	10	6	1			
Musicales (conciertos, ensayos...)	6	6	2	2		1
Talleres, cursos...			1	2	9	
Bar, cafetería, comedor...	2	3	5	7		
Culturales (teatro, cine, biblioteca...)		2	8	1	3	
Otras	2	1				1
	(relaciones personales)	(manifestaciones, pasacalles, trabajo barrio)				

Las actividades externas, que admiten (o se dirigen) a personas habitualmente no residentes o que no son miembros permanentes de la asamblea del CSOA, presentan una mayor variedad de posibilidades, a juzgar por los casos que aquí las han ordenado (no siempre de forma rigurosa o completa). Actividades políticas, musicales y “gastronómicas” son las que presentan, por este orden, las mayores preferencias y concurrencia (ocupan, las tres juntas, el primero y segundo lugar). Las últimas (bar, cafetería, comedor, etc.) se pueden considerar como un amortiguador intermedio, ya que también ocuparían, con igual número de practicantes, el segundo grupo de preferencias (puestos tercero, cuarto y quinto), junto a las actividades “formativas” (talleres, cursos, etc.) y culturales. Tales jerarquías de usos no deben sorprender si las correlacionamos con el hecho de que se trata de personas que residen en viviendas o CSOA, con un vínculo muy estrecho con estos espacios y con la necesidad de darles vida para incidir social y políticamente en su entorno, además de autofinanciar muchas de

sus actividades con conciertos, evitando la dependencia de subvenciones estatales o patrocinios comerciales. Las actividades de refectorio tienen que ver también con las actividades musicales (se saca dinero tanto de la entrada a la fiesta o concierto, como de la barra) y con las de subsistencia cotidiana (el comedor popular, también a veces abierto al público), por lo que no es de extrañar el papel central que tienen en las okupaciones.

En consecuencia, es muy probable que el orden de prácticas se invirtiese para el caso de personas vinculadas con el movimiento pero no residentes en okupas. Las actividades formativas y culturales, por lo tanto, que junto a las musicales serían las más orientadas hacia el exterior, únicamente están relegadas entre los residentes a un segundo lugar, pero el elevado número de casos que han contestado situándolas en alguna de las preferencias, demuestra que no son exclusivas para la gente de afuera, ni mucho menos.

**Medios de subsistencia de l@s miembros de la okupa en la que más tiempo has estado**

Medios subsistencia	Casos	Número medio de personas
Dinero de la familia	7 (2 ocasionales)	7
Empleo asalariado	16	7
Subsidios del Estado	2	2
Autoempleo en la okupa	1	4
Robos	5 (2 ocasionales)	6
Conciertos	2	6
Otros	5 (1 malabares, 2 trapicheos droga)	3

La cuestión acerca de los medios de subsistencia entre quien vive habitualmente en casas o centros okupados, implica la suposición previa de que la persona que responde conoce las fuentes económicas del resto de su "comunidad". Este conocimiento no es improbable siempre que se trate de unidades de convivencia no excesivamente grandes, digamos, por ejemplo, menores de 10 integrantes, como parecen ser los casos aludidos en esta encuesta. De cualquier modo, he preferido calcular la media de personas implicadas en cada actividad de subsistencia, en lugar de agregar todas las respuestas, para evitar la posibilidad de que más de una persona estuviese refiriéndose a la misma okupa de convivencia.

Estas últimas cantidades demuestran más homogeneidad (4 actividades implicarían a una media de 6 y 7 personas; 3 actividades sólo implicarían a 2, 3 y 4 personas de media) que las frecuencias generales de respuestas señalando las principales fuentes de ingresos, columna en la que se puede observar bastante variación entre las 16 veces que se marca el trabajo asalariado y la única vez en que se marca el autoempleo en la okupa. De la relación entre estos dos

tipos de respuestas desagregadas a posteriori, no deberíamos deducir que una es la más cercana a la realidad, sino que el número de personas que se dedican a cada actividad puede determinar el límite de ocasiones en que se puede recurrir a ella dentro del mundo de la okupación para subsistir, como es el caso de los conciertos o del autoempleo en la okupa, que, por lo visto, sólo pueden ocupar a pocas personas y de forma discontinua.

Estos datos parecen dibujarnos un cuadro en el que la mayoría de las personas integrantes de okupas viven de forma independiente y, con mucha frecuencia, recurriendo a trabajos asalariados para subsistir. Esto no significa que dichos trabajos sean la única fuente de ingresos y que no se puedan combinar con otros medios de subsistencia más informales e inestables (robos, espectáculos de malabares en las calles, distribución de drogas ilegales a pequeña escala, organización de conciertos, etc.), o incluso con transferencias económicas de entidades con las que mantienen algún tipo de dependencia (familia de origen o servicios públicos del Estado, fundamentalmente), aunque estos recursos fluyan sólo ocasionalmente.

Como se señalaba en esta entrevista:

“En una casa lo que hacíamos era tener una caja común. Poníamos un talego o talego y medio por semana y cada tres o cuatro días se iban un par de personas al mercado a comprar o a recoger la comida que no se vende. Hay cantidad de comida o fruta que está un poco tocada, cosas que, como no las van a vender, pues te las pasan. Es una especie de reciclaje, porque los mercados tiran todos los días mogollón de comida que es perfectamente comestible y si te la llevas ellos se ahorran tener que sacarla. A veces, cuando ocupábamos un par de casas, íbamos a los mercados grandes, de mayoristas, y ahí la gente te conoce, sabe de qué palo vas y nos daban cantidad de comida, incluso cosas que podían vender perfectamente. Ahora este rollo se ha acabado porque pusieron seguratas allí y los únicos que se llevan comida e historias de estas son los Hare Krishna y los del Patriarca, quién sabe por qué. Pero en los mercados de barrio sigue habiendo bastante buen rollo... A veces curramos de machacas en festivales de música, en la historia esta de carga y descarga. En los festivales grandes contratan a cantidad de gente y te separan en varias categorías según a qué te dediques. (...) Entonces, dependiendo de la categoría cobras una guita u otra. Los matados que se parten la espalda cargando y descargando, pues unas ocho mil pesetas o así; los que están arriba, catorce billetes, supongo que por el riesgo. Trabajas unas diez horas y te hacen contratos de un día. Te mueves un poco en la precariedad: el seguro te lo hacen cuando te chafas un dedo o algo; si no, no”. (Ehrenhaus y Pérez, 1999: 58)

En otro caso semejante, del que me informaron personalmente, un gran evento artístico y comercial que tuvo lugar en Madrid también dio empleo, a través de empresas de trabajo temporal, a algunas personas que vivían en casas okupadas. Algunas de ellas lograron movilizar a toda la plantilla que trabajaba eventualmente para ponerse en huelga ante las lamentables condiciones de trabajo y de seguridad en las que se hallaban. Otra compañera de Ourense, que se trasladó a una vivienda okupada en Murcia, me relataba la trayectoria por múl-

tiples empleos que es tan común en la gente joven hoy en día. Además de trabajar también en un espectáculo de feria, había trabajado en bares, en campamentos de verano, en la recogida de fruta, vendiendo parte de los limones de su casa y, sobre todo, en la animación de calle y con malabares. Sobre esta última actividad, los malabares, opinaba que se ganaba bien (el máximo que llegó a conseguir fueron 14.000 ptas. en 2 horas), pero siempre de forma irregular, dependiendo del tiempo y de la gente, además de que a veces daba la sensación de estar pidiendo, en lugar de vender su habilidad artística a quien quisiera pagarla.

Desconocemos si las formas de autoempleo reflejadas en las respuestas apuntan a situaciones legalmente reguladas o no, pero es llamativa la *ratio* que mantienen con el número de personas ocupadas en ellas: si sumamos la subsistencia mediante conciertos (que suele ser una de las actividades de autoempleo más constante en muchos centros sociales), tenemos que cada 3 veces que se cita esta modalidad, 10 personas obtienen recursos para subsistir (no obstante, es conveniente recordar que en muchos cuestionarios cubiertos no se daba cuenta del número de personas implicadas en cada actividad, sólo se marcaba cuál o cuáles eran las actividades predominantes, por lo que no se puede comparar absolutamente esta *ratio* con la que resultaría de las otras opciones).

## **5. AUTOEVALUACIONES CRÍTICAS DE LA EXPERIENCIA: ¿QUÉ SINGULARIDADES?**

Se podrían distinguir perfectamente aquellos debates que tienen lugar exclusivamente entre gente integrante del movimiento y aquellos que incluyen a personas externas al mismo, aunque no necesariamente hostiles. En estos últimos (por ejemplo, en un encuentro organizado por un Ateneo Libertario, en un video-fórum sobre la película *La estrategia del caracol*, en unos Encuentros Internacionales de Juventud, en una charla en clases de la carrera de Educación Social, etc.) he podido percibir siempre un enorme desconocimiento del movimiento okupa, de sus logros, de su nivel organizativo, de sus proyectos y de las dinámicas políticas que han expresado al mismo tiempo que su conflictiva interacción con las autoridades (casi siempre con un saldo de heridos, detenidos, acosados, maltratados o muertos, abultado en la cuenta del movimiento e invisible para el resto de la sociedad). En consecuencia, esos eventos se convierten más en espacios de desmitificación, de información y teñidos hasta con cierto dramatismo por la sorpresa e incredulidad que se encuentra entre las personas ajenas al movimiento.

A la inversa, los foros internos de autorreflexión, más allá de la propia rutina asamblearia, causan sorpresa a cualquier observador u observadora externa por la alta similitud de preocupaciones que se intercambian con las expresadas en otras organizaciones políticas o de movimientos sociales, asociaciones vecinales o empresas cooperativas. La oportunidad de haber objetivado algunas de esas preocupaciones entre las personas implicadas en el movimiento, nos permite compararlas y hallar equivalentes coincidencias, con lo descrito en las pregun-



tas abiertas de la encuesta referidas a lo más positivo y lo más negativo de las vivencias de la okupación.

Además, se debe tener en cuenta que tanto mi propia experiencia y observaciones anteriores, como la encuesta y conclusiones de una autoinvestigación llevada a cabo en Italia, me aconsejaron no sólo formular dos preguntas abiertas de forma generalista (lo más positivo y lo más negativo), sino también intentar concretar más dos aspectos cruciales de esas valoraciones: objetivar las “*discriminaciones, desigualdades u opresiones percibidas en el interior de las okupas*”; y determinar “*los principales obstáculos para que más gente se vincule a la okupación*”.

En un debate de Madrid, no sólo se examinaron los datos que ofrecí sistematizados sobre historia del movimiento, clase social, *amistades, enemistades* y tácticas activistas, sino que también los contrastamos uno a uno con los que dos miembros de okupaciones rurales conocían de sus propias experiencias. Estos últimos destacaron que el nivel de estudios es mucho menor en las okupaciones rurales; que su hábitat de procedencia suele ser urbano; que cada vez más se opta por esas okupaciones con medio de “huida” y no con proyectos políticos aunque se tenga un pasado politizado; que la vida en las okupaciones rurales es –en consecuencia– más tranquila, menos agitada y con menos agresiones que las recibidas por las okupaciones urbanas; y que existe un alta autarquía en la subsistencia, con mucha autoproducción, muy poco trabajo asalariado, escaso dinero circulando en las comunidades (algunas de ellas, en Navarra, comunalizaron el dinero) y algunas soluciones urgentes con pequeño “trapicheo”.

Lo relevante del debate fue que este espejo rural le planteaba a los CSOA urbanos unas críticas de fondo en cuanto a la teoría y práctica de la ‘autogestión’ que iban más allá del autofinanciamento económico de algunos gastos comunes, extendiendo ese concepto a todas las necesidades humanas y su satisfacción, a la organización política y a la autoproducción cultural y de conocimiento. “*No funcionamos de forma muy comunal en muchas okupaciones*”, se reconoció en un momento. De hecho, se resaltó que en esas okupaciones rurales de las que se habló existía no sólo un alto nivel de discusión colectiva sobre temas comunes, sino también sobre muchos asuntos considerados habitualmente privados y que la mayoría de los conflictos de tales experiencias comunales se originan en las dificultades de modificar hábitos de vida privados (en el consumo, en las relaciones, en el trabajo colectivo) que desorganizan la comunidad cada vez que hay nuevas incorporaciones.

La autogestión, por lo tanto, en todas sus dimensiones es un problema que sale a la luz en pocas ocasiones. Más frecuente es detenerse en uno de sus núcleos: las dificultades para desarrollar asambleas de forma satisfactoria para sus miembros y para el proyecto que les une. También son compartidas las inquietudes ante la situación general de ilegalidad, de inestabilidad, de precariedad y de *inseguridad* que se vive en cualquier okupación (tanto *social*, en cuanto a disposición de servicios sanitarios, de ingresos de subsistencia, de condiciones para procrear –casi no hay niños y niñas en las okupaciones urbanas,

pero sí son habituales en las rurales, aunque es patente la carencia de proyectos educativos alternativos en muchas de ellas–; como *física* y jurídica, en cuanto a la autodefensa cuando acontece un desalojo, por ejemplo).

En uno de los talleres que se celebraron en Iruña (también con miembros de okupaciones rurales y urbanas), hicieron su aparición, de nuevo, los fantasmas colectivos:

- Fracaso de asistencia a la convocatoria de jornadas internas de reflexión y consiguiente desmotivación y frustración con el esfuerzo e ilusiones invertidas.
- Escaso análisis y debate en situaciones de tensión y críticas, como la expectativa de un desalojo, desarrollando una movilización social de resistencia o acción basada más en vínculos afectivos que en objetivos políticos de defensa del proyecto común.
- Existencia de conflictos personales que no encuentran hueco para resolverse en asambleas colectivas, a pesar de que sí se enuncian en ellas.
- Incumplimiento de decisiones asamblearias una vez acordadas, bien porque algunas personas con más iniciativa y protagonismo toman luego decisiones distintas por su cuenta y nadie les reprende, bien porque las decisiones asamblearias se tomaron sin tener en cuenta la participación de una parte del colectivo que luego no se identifica con lo convenido.
- Tendencia a delegar trabajo siempre en las mismas personas que acaban desgastándose, “quemándose” y echando en cara al resto su dedicación y entrega por una causa colectiva.

Más específicamente, y de modo que se puede dilucidar una relación más estrecha y contextualizada en el campo de experiencia de la okupación, en una pared del Iruñeko Gaztetxea (junto a numerosos mensajes, convocatorias e ilustraciones en un gran tablón de anuncios, y al lado de otra pared del comedor con una inscripción en alto que rezaba *Kómete a los ricos*) pude recoger las conclusiones de unos debates de reflexión interna ocurridos meses antes. Su transcripción es la siguiente:

¿Prejuicios sobre l@s okupantes? ¿Imagen del punk violento, del junky, del squat sucio, de los anarquistas dogmáticos? Falta de información.

¿Simple falta de información? Tal vez la gente potencialmente interesada por las okupas no sabe que existen sitios de este tipo en su ciudad. No sabe lo que ocurre en esos sitios. Hay tanta gente que simplemente ha ido a tal o cual okupa sin saber lo que es realmente, lo que ocurre dentro, sus objetivos y funcionamiento. Falta de información.

¿Falta de acogida? El grupo okupante a menudo es un grupo de amigos y entonces un poco (demasiado) cerrado, l@s okupantes han vivido muchas

cosas fuertes junt@s, se conocen muy bien, tienen “bromas privadas”, etc. Puede ocurrir que la gente exterior no consiga integrarse inmediatamente, se sienta incómoda, se va y no se atreva a volver.

¿Prácticas políticas demasiado marcadas? Alguien que no conoce nada, por ejemplo, de los principios autogestionarios o antisexistas, puede sentirse perdido al entrar en un medio que tiene sus referencias, sus códigos, sus peinados, su moda, sus reglas, sus cosas prohibidas. Sin embargo, esa nueva persona podría ser fundamentalmente atraída por semejantes temas. ¿Precisa que sea más tolerante con las personas “extranjeras” en los ambientes de okupación?

¿Soluciones?

- ¿Estar atent@ a las personas nuevas?
- ¿Encontrar medios de informar sobre la okupa y sobre lo que ocurre dentro? ¿Pegar carteles? ¿Utilizar los medios de comunicación? (¡Pero tener cuidado con el peligro de recuperación y desviación mediática!) ¿Encontrar métodos más creativos, más originales?
- ¿Cuidar las actividades un poco más ordinarias (comidas, conciertos de música punk) para que la gente ordinaria haga un paso en la okupa y así vea el resto de lo que ocurre en la okupa?
- Acondicionar momentos y espacios donde la gente no se sienta en casa de otr@s, molestarte, sino acogida...

Pero...

- ¡Tener cuidado con la lógica de la rentabilidad que hay detrás del deseo de atraer mucha gente!
- Con las personas de fuera, una cosa es hacerlas acercarse a una okupa y otra es hacerles participar en la vida de la okupa.
- ¿Por qué las personas de fuera no participan en la vida de la okupa?
- ¿Les falta tiempo? (Nosotr@s no podemos hacer nada a propósito de eso... salvo militar para el fin del trabajo/la huelga permanente).
- No encuentran espacio en la okupa para implicarse. Por ejemplo, les falta información para: a) entender la situación actual del okupa o de la okupa; b) saber lo que se precisa hacer; c) encontrar un medio suyo de participar.
- ¡El problema es que la información necesaria para entender la situación completa de un sistio es mucha!
- ¿Se necesita crear las ganas de coger esa información? L@s que espontáneamente se mantienen informad@s, a menudo son l@s que ya están integrad@s.
- ¿Hay que crear la ganas de venir a las asambleas? Las asambleas son percibidas como tan aburridas...

Me parece importante de estos interrogantes el hecho de que apuntan a un interés por profundizar en la democracia participativa dentro de las okupaciones. Evidentemente, todos los límites y obstáculos percibidos, en éste y en otros muchos casos de organizaciones sociales reivindicativas, y no sólo okupaciones, tienen también unos condicionamientos externos en el ciclo de desmovilización general promovido por la propia democracia formal, representativa y espectacu-

lar. En todo caso, no es este el lugar adecuado para detenernos más en tales problemas. Puede bastar ahora con ofrecer como apoyo *empírico* a esas manifestaciones lo entresacado de las encuestas.

### **Lo más positivo en la okupación**

- Lucha social.
- Hacer una actividad política.
- Conocer a gente revolucionaria.
- Mantenimiento de presión social contra instituciones.
- La autoorganización como forma de lucha contra el Poder y las jerarquías.
- Autoorganización colectiva.
- La vivencia de 1.000 y 1 experiencias compartidas colectivamente.
- Desarrollo (o intento) de un proyecto.
- El hecho de una reapropiación de ámbitos de la vida, vivienda, organización, gestión (con mayor o menor éxito) del tiempo.
- Convivencia.
- Relación con los demás.
- Relaciones amistosas.
- El ambiente en general.
- Cuando las cosas van bien, la alegría de los salones donde la TV no manda.
- La mayor colectivización de las cosas de andar por casa.
- Disfrutar de un espacio autogestionado.
- Aprendizaje de asambleas.
- Tener un colchón social enorme.
- Conectar con gente del barrio.
- Despertar algo de conciencia en la gente.
- Apropiación y relación con el espacio.
- Una forma más de lucha que afecta a todas las facetas de tu vida.
- Esa "solidaridad incondicional" que existe entre la gente que está okupando.

### **Lo más negativo en la okupación**

- La dificultad para la continuidad del proyecto por los continuos desalojos.
- Se pierde más tiempo en defender que en crear.
- Consecuencias legales.
- Detenciones.
- La inestabilidad actual y su desgaste paralizador.
- Los desalojos, la maldita precariedad, te acabas desanimando por falta de estabilidad.
- Incertidumbre, inseguridad, riesgo.
- Desacuerdos en gestión.
- Falta de responsabilidad.
- Falta de pensamiento a largo plazo.
- Imposibilidad de realizar el proyecto y los desalojos.
- Que muchas veces la reivindicación se queda en el hecho de okupar una casa, cuando esto sólo es un medio para subsistir y poder dedicarnos a lo que queremos: la transformación social.
- La incidencia social real de las acciones que se hacen es pequeña.
- Rechazo por parte de la gente del barrio.
- Que se actúe como guettos.
- Sensación de gueto. Constituir un gueto bohemio. Estereotipo okupa (gueto).
- El uso de la okupación como una creación de una resguardada identidad colectiva que a veces no lleva ningún deseo político sincero tras de sí.

- El hecho de “espabilarte, hacerte tú mismo las cosas.
- Autonomía personal.
- Enfocar mi vida a mi gusto.
- Experiencia.
- No pagar alquiler.
- No pagar.
- Cuestionarse cosas permanentemente.
- Gestionar mi propia vida y hacerlo colectivamente.
- Aprendizaje y crecimiento personal.
- Recuperar los momentos de decisión.
- La posibilidad de librarse del trabajo ya que no es necesario tanto dinero para vivir, y recuperar el tiempo para hacer cosas que te interesan.
- Disminución del consumo y de la dependencia en cuanto a necesidades y servicios del Estado (ocio, alimentación, alquiler, transporte).
- El aprendizaje hacia el autoabastecimiento.
- Autorreferencialismo.
- Grupos informales.
- Enfrentamientos con macarras.
- Costras.
- Presuponer que es “1 espacio liberado” y relajarme en algunos sentidos, cuando todo es un experimento y hay que seguir trabajando.
- Los roles en los distintos grupos y los prejuicios entre okupas.
- Que no haya unas normas mínimas consensuadas.
- Cierta “pasotismo” que hay en algunas casas okupadas.
- A veces vives con quien no te apetece.
- Tener que aguantar a un montón de niñatos.
- Temporadas de soñar con lavadoras para despertarte sin lavadoras + combinación resaca/asamblea + algún militante aficionad@ a cursos de consumo responsable/tómbola.
- Supermilitancia.

### **Discriminaciones, desigualdades u opresiones en el interior de okupas**

- Igual que en el resto de espacios sociales, pero con ánimo de cambio, aunque relaciones un poco cristalizadas.
- La verdad es que no muchas, quizás las mismas que en muchos otros lugares, pero en menor grado y con la conciencia y la intención de modificarlas.
- Agresiones por género.
- Comportamientos sexistas. De género, a la hora de realizar actividades. Desigualdades de género.
- Desigualdad de información.

### **Obstáculos para que más gente se vincule a la okupación**

- Represión a la que te ves sometid@.
- Criminalización policial y mediática. Menos seguridad, más desalojos después de la criminalización de okupar.
- El ser ilegal.
- Los enfrentamientos con la policía.
- Miedo o desconfianza de la gente por la imagen que se percibe por los mass media.
- Medios de comunicación (imagen externa).
- Autorreferencialidad y esteticismo espectacular.

- No hay discriminaciones, lo que hay es gente que se “mueve” más y en las asambleas son la gente que más habla, dando a veces cierta sensación de “liderazgo”, que viene dado por esta acumulación de información.
- Discriminación por conocimientos técnicos, experiencia, autoritarismo.
- Poco intercambio de información (-> élites).
- Liderazgos.
- De veteranía.
- Generacionales.
- Entre gente que se lo “curra políticamente” y la que no.
- Diferencias culturales entre teóricos y prácticos/vivenciales.
- Culturales: cuestión de labia.
- Discriminaciones por grupos: hippies, skins, punkis, anarkistas... Culturales, por las etiquetas que nos ponemos.
- Problemas entre la gente que curraba en la casa por estereotipos (hippis, skins, etc.) y a veces sexistas por falta de curro antipatriarcal en la convivencia.
- La tontería a veces es muy gorda.
- De dentro-fuera.
- Frente a la violencia se acude a la gente grande.
- ...Si somos tod@s un@s sant@s...
- Falta de información. Estereotipos.
- Desconocimiento = desconfianza. Ahora, la gente en general está muy acomodada.
- Mundo propio. Nuestro propio hermetismo. Sentimiento de gueto. A veces somos un poco cerrad@s (por x motivos). Somos una especie de “clan” donde cuesta integrarte (lo digo por experiencia personal).
- Ser okupa es una puta chorrada. Ser gente normal.
- La tontería.
- No se saben los objetivos claros que busca.
- Falta de movimiento okupa, impide tener un discurso profundo e hilado.
- No saber articular un discurso coherente.
- Precariedad.
- La entrega y la inestabilidad que supone, que a veces es incompatible con otros deseos o proyectos.
- Que absorbe mucho tiempo.
- Métodos de funcionamiento en que la gente es “obligada” a participar activamente.
- La estructura de la sociedad y la situación coyuntural del momento.

Para clarificar un poco lo expuesto en los cuadros anteriores, conviene hacer algunos comentarios. En primer lugar, he tratado de agrupar las respuestas siguiendo un criterio de afinidad y eliminando las repeticiones evidentes, aunque recogiéndolas si incluían algún matiz enriquecedor. En la columna acerca de lo más positivo percibido en la experiencia de haber okupado, he dejado un espacio en blanco separando aquellos temas que se valoran más positivos en el plano social y político (la autoorganización colectiva, la reapropiación de espacios y del tiempo de vida, la incidencia social, etc.), y aquellos otros que se viven con más intensidad como aprendizajes individuales (de autonomía, independencia, responsabilidad en las decisiones, satisfacción de necesidades básicas, austeridad económica, aprendizaje, desarro-

llo de una conciencia crítica y de la politización de diversas facetas de la vida cotidiana y privada). Las respuestas, como se ve, se prestan fácilmente a esa distinción, por lo que no es aventurado suponer que así se siente también en el conjunto de imágenes y opiniones que alimentan a este colectivo y que él mismo genera.

Se puede colegir que se trata de una intensa tentativa por experimentar formas comunales de autoorganización social que conllevan siempre el enfrentamiento con condiciones hostiles a esas prácticas en su entorno más inmediato. La defensa colectiva y la reacción institucional a las alternativas al capitalismo no constituyen, desde luego, el mejor contexto para construir y disfrutar de la convivencia, los lazos de solidaridad y el apoyo mutuo, pero así es aceptado y ante las zozobras no deseadas también parece saludable la recomposición de las fuerzas individuales y grupales.

Completando esas escuetas impresiones, en un reciente libro de entrevistas a jóvenes, que incluía las de un chico y una chica que vivían en casas okupadas, ambos exponían algunos de sus particulares éxitos y satisfacciones con la okupación, como sigue:

“La gente que se suele mover en las okupaciones es un poco itinerante. Tienen una serie de inquietudes comunes, como viajar, relacionarse con otras personas, establecer contacto con otras culturas o con otra manera de ver las cosas. No es una mentalidad cerrada, restringida al ámbito local. Y eso hace que sea más fácil trasladar ideas de otros lugares o tomar conciencia de problemáticas que pueden ser análogas a las tuyas. (...) Una de las experiencias más guapas que te da una casa es que llegas a conocer a gente de casi todo el mundo. Por una casa donde viví hace un par de años pasó gente de Japón, de Australia, de todas partes. Acabas entendiendo las cosas de una forma más abierta y menos traumática. (...) En las casas en las que he estado las decisiones se tomaban constantemente. Por lo general, en lo que concernía al funcionamiento de la casa o de las problemáticas que pudieran surgir, como juicios, problemas legales, de mantenimiento, de obras que hubiera que hacer u otro tipo de historias comunes, se funcionaba de forma asamblearia. Había asambleas cada dos semanas o cada mes, dependiendo de las necesidades. Lo guapo de esta historia, para mí, es que tomas conciencia de tus propias responsabilidades. No estás en casa de papá y mamá, nadie te va a hacer la comida ni lavar la ropa o, si lo hacen, al día siguiente habrás de responder tú. (...) Creo que ha habido una progresión, tanto con respecto a las normas internas de convivencia como a lo que vas aprendiendo sobre cómo defenderte de las agresiones externas. Cuando no teníamos mucho rodaje ni experiencia, pues algunas situaciones nos desmarcaban o superaban. Con el tiempo te vas dando cuenta de que puedes ver por dónde pillarlas, cómo enfrentarte a una situación de desalojo sin quedarte en pelotas, sin idea de qué puedes y qué no puedes hacer. La misma necesidad, al acuciarte, te va dando experiencia, y la próxima vez que vengan a echarse se lo pondrás mucho más difícil. Planeas estrategias o intentas montar sistemas defensivos dentro de la casa para impedir el acceso desde el exterior, te asesoras a nivel legal de qué recursos e historias puedes interponer para frenar un proceso de desalojo, etc.” (Ehrenhaus y Pérez, 1999: 61).

“Yo aprendí a poner la luz, por ejemplo, no porque quisiera sino porque necesitaba demostrar y demostrarme que sabía poner la luz igual que cualquier otro. No otra, sino otro. Y eso me ha condicionado mucho. Ahora estoy contentísima de saber poner la luz, hacer cemento, tirar paredes, levantarlas y lo que haga falta, me sirve y me encanta, pero lo que no me gusta es lo que me ha motivado a hacerlo. No me gusta verme haciendo cosas para afirmarme con respecto a, en este caso, los hombres. Esa sería la postura del feminismo tradicional: vamos a virilizar a la mujer. A veces nos reímos entre nosotras en las reuniones porque todas somos tías muy cañeras, un pedazo de mujeres que sabemos hacer mogollón de cosas, pero todas acabamos llegando a la conclusión de que si hemos hecho el esfuerzo ha sido por sentimiento de inferioridad. (...) Puede ser muy peligroso no saberlo: corres el riesgo de que te pase lo de la mujer policía, que es la más chunga de los antidisturbios porque su problema es doble, es policía y encima es mujer. Y ser mujer no es una opción que se escoge. (...) Vivo en una casa donde somos tres chicas que hemos decidido vivir solas, y somos super marujas, nos encanta tener la casita mona. ¿Por qué no? Después de tanto tiempo de sacar runa y porquería, tener de vez en cuando un tiempo y un espacio a tu gusto es genial. Pero también me gusta que no haya diferencias establecidas, y que si viene a casa un colega y cocina, pues fantástico también. (...) Pese a los muchos aspectos por madurar y las cosas que quizá no funcionan, hay un discurso, aunque sea teórico y muchas veces falle en la práctica, y hay una fuerza, que es la del sentimiento colectivo y que a menudo se basa simple y llanamente en el cariño. Además, gracias a que nos reprimen y como nos están metiendo palos todo el rato, siempre hay una sensación de afecto, de colectivización, de respaldo entre nosotros que nos hace realmente fuertes. Yo puedo estar una temporada sin trabajar ni tener un duro y sé que no me voy a morir de hambre. He pasado temporadas en que iba de una casa a otra, no tenía un duro pero otras trabajaban y eso significa que comemos todas, nos vestimos todas, tenemos un techo todas o lo que haga falta... Saber que, aunque no hayas elegido ser marginal, has elegido el poder de autoorganizarte, te da más seguridad para enfrentar el día a día”. (Ehrenhaus y Pérez, 1999: 114, 124).

En segundo lugar, más allá de su simple enunciación en los debates o en los testimonios, me parecía interesante profundizar en dos dimensiones de “lo negativo” más específicas y que aluden, por un lado, a la reproducción de dominaciones externas y contras las que se lucha en el seno del propio movimiento y, por otro lado, a la membrana fronteriza que aleja al movimiento de parte de la sociedad con la que desearía mantener mayores vínculos de apoyo mutuo. Creo, en consecuencia, que la operación de formular tres preguntas, en lugar de conformarnos con una única sobre “lo negativo”, nos permite cosechar algunas reflexiones de más interés sobre la problemática que se vive en las *organizaciones* de los CSOA y casas okupadas.

Podemos analizar estos tres conjuntos de respuestas mediante varios procedimientos, aunque en aras de mayor síntesis voy a detenerme en los tres siguientes:

1) Comparar lo negativo con lo positivo.

Lo más destacado de este ejercicio comparativo es que no existe una contraposición entre los dos conjuntos. Es decir, que, en general, en el espacio de lo



negativo no se recogen negaciones de lo expresado en el espacio de lo positivo. Algunas excepciones –aunque tampoco absolutas– son “conectar con la gente del barrio” y “rechazo por parte de la gente del barrio”, o “tener un colchón social enorme” y “la incidencia social real de las acciones que se hacen es pequeña”, respectivamente en cada lado. En consecuencia, más bien se observa una continuidad desde el principio central en la parte positiva –“una forma más de lucha que afecta a todas las facetas de tu vida”– hasta las dificultades que van apareciendo a la hora de concretarlo (“consecuencias legales”, “se pierde más tiempo en defender que en crear”, “desacuerdos en gestión”, etc.), en la parte negativa. En todo caso, debemos suponer que no se trata única y exclusivamente de opiniones, tanto las satisfactorias como las problemáticas, sino de valoraciones sobre prácticas y vivencias a raíz de participar activamente en la okupación y autogestión de viviendas y CSOA.

Otro resultado que arroja esta comparación es que entre lo señalado como positivo se puede percibir una más clara separación entre los resultados *públicos* de la experiencia y los más *privados*, usando estos términos con todas las cautelas. Por el contrario, entre lo señalado como negativo, casi todas las manifestaciones verbales se dirigen a aspectos públicos (que también admiten una mínima distinción entre los que apuntan a un espacio social más “macro”, distante e externo; y a otro más “micro”, cercano e interno) y más acordes con el proyecto político del movimiento, con muy pocas alusiones al ámbito privado e individual de la experiencia.

Las excepciones a esto son algunos aspectos muy sociales que he clasificado dentro de la parte más privada de lo positivo (“no pagar alquiler”, “el aprendizaje hacia el autoabastecimiento”, “la posibilidad de liberarse del trabajo” o “disminución del consumo”) y algunas impresiones personales que he clasificado dentro de la parte más micro de lo negativo (“presuponer que es un espacio liberado y relajarme en algunos sentidos, cuando todo es un experimento”, “a veces vives con quien no te apetece”, “tener que aguantar a un montón de niños” o la “supermilitancia”). En todo caso, los aspectos negativos de la experiencia parecen casi siempre no sólo una continuidad en cuanto a resistencias lógicas que van a ofrecer las instituciones sociales que se quieren transformar con esta lucha, sino efectos no deseados y molestos que aparecen sin haber sido previsto por los y las activistas: la endogámica “sensación de gueto”, la “creación de una resguardada identidad colectiva que no lleva ningún deseo político sincero tras de sí”, los “enfrentamientos con macarras”, los “costras”, “que no haya unas normas mínimas consensuadas”.

Entre las autocríticas recogidas en un libro colectivo, pueden destacarse estas otras concomitantes con las mencionadas:

“La cosa empezó muy mal, nada más nacer el Gaztetxe se convirtió en un guetto, entre otras razones porque se potenciaba este guetto desde la barra por un lado y, por otro, porque la comodidad del personal les llevaba a encogerse de hombros, callarse en las asambleas y, por último pasar de todo... Y entre la desidia de los que se fueron (¿quizás nunca llegaron a estar?), el cachondeo de los parroquianos y la impotencia (¿quizás también incapaci-

dad?) de aquellos que las malas lenguas califican de ‘mafia’ y ‘politiquillos de tres al cuarto’, el Gaztetxe se convirtió en un bar, el más kutre de la comarca, frecuentado por la macarrada más kutre, como debe ser. Las actividades se redujeron a un concierto ruidoso algunos fines de semana y a la buena voluntad de seis tipos totalmente descoordinados. Estaba claro que había que cortar”. (AA.VV., 2001: 175).

2) Comparar lo negativo en general, con las “discriminaciones, desigualdades y opresiones” en particular.

Nuevamente, se puede observar una continuidad entre estos dos conjuntos de valoraciones, más que evidentes contradicciones. Por una parte, hay repetición o algo más de profundización en algunos aspectos negativos. Por ejemplo: de los “desacuerdos en gestión”, la “falta de responsabilidad”, la “ausencia de normas mínimas consensuadas” y el “pasotismo”, se pasa ahora a “liderazgos”, “discriminación por conocimientos técnicos, experiencias, autoritarismo”, “entre gente que se lo curra políticamente y la que no”; de la “constitución de guetos”, los “grupos informales” y los “prejuicios entre okupas”, se pasa a “discriminaciones por grupos: hippies, skins, punkis, anarkistas... culturales, por las etiquetas que nos ponemos” o “la tontería a veces es muy gorda”.

En la primera etapa de expansión de los CSOA y aún hoy en día en algunos casos que han surgido sin una excesiva planificación y análisis de las experiencias pasadas, se concretaba más la “desigualdad” entre quien okupaba con una orientación “más política” y quien sólo lo hacía para vivir, tal como reflejaban algunas entrevistas:

“Pues la gente que vivía allí, porque tenían una planta, la planta de arriba la tienen sólo de viviendas ¿no? Entonces lo que hubo fue una desconexión total, porque ellos tenían su manera de organizar las cosas y creían que tenía que estar un poco más controlado, que la okupa incluso tenía que cerrarse por las mañanas, y de hecho la cerraron por las mañanas, sólo se podía ir a partir de las seis de la tarde. Y luego te presionaban en dos aspectos, en el aspecto de que si tenías un local tenías que ir todas las semanas a la asamblea, que por una parte es lógico, pero por otra la gente trabaja, la gente estudia (...) Y yo sé que hay gente que vive en okupaciones, y con esa gente no tengo nada que ver, ni me interesa lo que hacen. (...) Hay gente que hace malabares porque les gustaba, venían y lo hacían y daba clase igual de fotografía; había algún gasto, pues se hacía una fiesta. Pero la gente que vive, no, porque no tiene nada que ver. Porque aquí, la gente que vive, es muy reducida. Y la gente que hace todo esto es mucho mayor. Hay gente que ha vivido aquí y que no se ha implicado en nada, en ninguna otra actividad. (...) Una cosa es estar aquí viviendo y otra hacer movidas. Puede ser junto o puede ser separado, pero no tiene nada que ver una cosa con la otra”. (Navarrete et al., 1999: 43-44).

Por otra parte, se desarrollan y verbalizan más explícitamente aspectos que antes sólo estaban latentes. Por ejemplo: se decía “que muchas veces la reivindicación se queda en el hecho de okupar una casa, cuando esto es sólo un medio para subsistir y poder dedicarnos a lo que queremos: la transformación social”,

“presuponer que es un espacio liberado y relajarme en algunos sentidos, cuando todo es un experimento y hay que seguir trabajando” y “los roles entre los distintos grupos”; pasando ahora a concretar la reproducción de dominaciones sociales en el interior de las okupaciones, como el sexismo, las jerarquías (por acumulación de información, de habilidades expresivas o de responsabilidades; o por edad y “veteranía”), las exclusiones (“dentro-fuera”) y las dependencias (“frente a la violencia se acude a gente grande”, aludiendo a la prensa o élites intelectuales o políticas).

En este sentido, una socióloga (Marinas, 1999) también ha identificado ejercicios velados de liderazgo en el interior de las okupaciones, distinguiendo –a mi juicio, de forma un tanto simplificada, aunque no muy desacertada– los tipos ideales del “intelectual” (completamente integrado en las okupaciones y CSOA, se encargaría “*de la supervisión de documentos y libros*”), el “abogado” (no residente y con una relación puntual y asimétrica con el colectivo okupa, es un “bicho raro” y escaso al ostentar dentro de su gremio una rara afinidad al discurso antagonista, pero “*sus opiniones son respetadas por razón de su conocimiento específico*”) y el “veterano” (tampoco residente habitual de las okupaciones, pero afín ideológicamente a ellas y cuyo “*legado intelectual o su experiencia subversiva es admirada por el colectivo. Un guerrillero zapatista, un pope del anarquismo, un viejo escritor ácrata, un versado ecologista... cualquier CSA se rendirá bajo la advocación de su nombre*”).

Como muestra un botón: el debate que tuvimos en Madrid estaba enmarcado dentro de unas jornadas denominadas “el barrio, la ciudad, el mundo que queremos”; toda nuestra sesión, de mañana y tarde, nos convocó a unas 20 personas, tratando en profundidad y de forma crítica aspectos de las okupaciones rurales y urbanas; el hecho de ser el primer acto de toda una semana, de que tuviese la forma de taller en la que cualquiera se puede sentir obligado/a a participar y, por último, el hecho de que dos personas “no famosas” dinamizáramos los debates, pudieron ser los causantes de tan escasa (pero en absoluto insulsa) receptividad cuantitativa del debate; por el contrario, el mismo día un miembro italiano de los “monos blancos” y el día siguiente algunos conocidos intelectuales de izquierdas profesionales del urbanismo, con un formato más convencional (y vertical) de conferencia y turno de preguntas, atrajeron a casi un centenar de personas. Creo sinceramente, pues, que en lugar de *tótems* u *oráculos*, son más convenientes para el movimiento (y coherentes ideológicamente) los debates horizontales de autorreflexión y autocrítica (aunque se invite a ellos a personas expertas en algún tema o a las que se admira por sus aportaciones a una lucha social).

3) Comparar lo negativo y lo positivo, en conjunto, con los “obstáculos para que más gente se vincule a la okupación”.

Es notable la ausencia de los medios de comunicación de masas y su construcción arbitraria de prototipos y leyendas sobre la okupación, entre las percepciones de quien ha vivido esta experiencia intensamente. Tal vez esté sugerida sutilmente en el denominado “estereotipo okupa (gueto)”, “el rechazo por

la gente del barrio” o “cuando las cosas van bien, la alegría de los salones donde la TV no manda”. Lo cierto es que tampoco la prensa ha sido muy promiscua en contar todas las dimensiones positivas del movimiento o, siquiera, algunas de sus contradicciones y dinámicas lógicas de enfrentamiento con la autoridad. Las etiquetas de “tribus urbanas”, “marginalidad” y “violencia” han recaído con todo su peso sobre el movimiento y éste ha reaccionado en la medida de sus posibilidades, pero si sólo nos fijásemos en las columnas de lo positivo y lo negativo de estas encuestas, no tendríamos noticia alguna de esa conflictiva interacción.

Como sí se puede advertir en la última columna, esa relación con los *mass media* es una de las fuentes principales para explicar por qué “más gente no se vincula a la okupación”. Los órganos represivos del Estado y los poderes que dominan la comunicación de masas, son los agentes que alimentan los procesos de “criminalización policial y mediática” del movimiento. Sus consecuencias materiales son tanto los desalojos, como las reacciones a estos que toman la figura audiovisual de “enfrentamientos”, o los perfiles recreados periódicamente sobre la “ilegalidad”, “anormalidad”, “marginalidad” y “hermetismo” de la okupación.

En mi opinión, estas críticas que parten desde el movimiento cuando se cuestiona la distancia existente con el resto de la sociedad, son acertadas en cuanto a la importancia prioritaria que tienen esos agentes para crear alambradas en torno al movimiento, pero también reflejan una marcada distancia entre esos “enemigos del movimiento” y el movimiento, el cual carece a menudo de estrategias eficaces de relación con ellos (como sí pudo ser el caso, por ejemplo, del movimiento de insumisión: Sampedro, 1996).

Desde el momento en que *vincular* (atrayendo hacia el activismo, buscando alianzas o generando simpatías legitimadoras de los derechos exigidos) a más gente al mundo de la okupación no aparece reflejado en las preocupaciones sobre lo positivo y lo negativo de la experiencia de okupar, también se puede suponer que este tipo de luchas urbanas sólo pretende acercarse a la población local por el ejemplo de los hechos y que las transformaciones sociales que se reclaman o la movilización e imitación de experiencias de reapropiación espacial que son tan favorables al movimiento, no son una prioridad.

En segundo lugar, es visible la mención reiterada a la idea de ‘gueto’, tanto en las valoraciones negativas como en las de los obstáculos para mayor comunicación con el exterior. En parte se achaca esta clausura grupal a los agentes estatales y mediáticos, pero en parte también se reconoce que existen inercias internas al movimiento que la favorecen (“la tontería”, “autorreferencialidad”, “somos una especie de clan donde cuesta integrarte”, “nuestro propio hermetismo”). Ese cierre organizativo es necesario para que se genere “autoorganización colectiva” y se aprecie “el ambiente en general”, la “solidaridad incondicional que existe entre la gente que está okupando” y “la mayor colectivización de las cosas de andar por casa”. Pero llega a ser problemático en la medida en que refuerza y solidifica (con miedo, desconfianza, desconocimiento o “esteticismo espectacular”) la membrana artificial que separa al movimiento de parte de la

población. Porque es imprescindible señalar que el resto de movimientos sociales *alternativos* no sienten esa incomunicación que se podría inferir de lo observado en las últimas líneas.

En tercer lugar, la autorreflexión que provoqué con estas preguntas puso de manifiesto que también la autocrítica tiene un límite. En particular, las dominaciones o desigualdades que el movimiento no ha sido capaz de erradicar plena y satisfactoriamente de su seno (comportamientos sexistas, ciertas jerarquías internas, prejuicios identitarios, etc.) no son señaladas como posibles obstáculos percibidos desde el exterior. Tampoco la falta de una exposición abierta de todos los aspectos loables en las experiencias autoorganizativas de las okupaciones, se ha considerado explícitamente dentro de los obstáculos para las relaciones externas.

Sí se ha recogido, por último, una serie de problemas que se atienen a vincular las exigencias de la “supermilitancia”, las incomodidades de vivir precariamente (los “sueños con lavadoras”, “los continuos desalojos”) y “el cuestionarse cosas constantemente”, con las propias inseguridades y renunciaciones que debe asumir cualquiera que se implique en el movimiento (“la entrega y la inestabilidad que supone”, “que absorbe mucho tiempo”, “métodos de funcionamiento en que la gente es obligada a participar activamente”). En un mismo plano pareció establecerse que una causa de estas apuestas e incertidumbres es la propia “falta de movimiento okupa” que “impide tener un discurso profundo e hilado”, “no saber articular un discurso coherente” y “no saber los objetivos claros que se busca”. Pero creo que esto último no es debido a que se carezca de movimiento, sino a que éste no tiene –ni quiere tener– una vanguardia intelectual definida y que su proyecto ideológico está en permanente construcción y no exige una adhesión ciega, sino una apropiación y aprendizaje continuo por quien asume y practica lo que por distintos medios se ha ido divulgando de la historia de la okupación.

“En todo movimiento que pueda considerarse conflictivo, el Estado trata de introducirse, de infiltrarse para averiguar cuáles son sus formas de funcionamiento, sus puntos débiles, etc. Si se descubre a un tío de estos, se le da una patada en el culo, se lo echa de la casa y ya está. Algo que también se nota mucho es la presión de los secretas o gente así, que igual no llegan a entrar en las casas, pero que notas que están pendientes, los ves ahí, con una cámara, haciendo fotos. En una ocasión, un antiguo comisario del distrito donde habíamos okupado una casa, nos detuvo a un par de compañeros y a mí. Nos hicieron el típico interrogatorio de nombres, de quién es este, quién es el otro, dónde se mueve fulanito y tal, y nosotros contestando que no sabíamos nada, que estábamos de paso. El tío estaba indignadísimo y va y nos dice: ‘Pero si tenemos un libro de todos vosotros con las fotos de vuestras caras cuando entráis y salís de la casa.’ O sea, que reconocía haber hecho algo completamente ilegal. ¡Tenían un book fotográfico! Justo enfrente de la casa había una parada de autobús y muchas veces veías que pasaban autobuses y la señorita de las gafas de sol y la cámara estaba ahí durante dos horas. El comisario nos acusaba de haber robado en un cotolengo de unas monjitas y tal, y yo le dije que cómo podía pensar eso de nosotros, que jamás se nos ocurriría ir a robarles a las pobres monjitas. Al cabo de un par de meses a este hombre lo detuvieron porque tenía un prostíbulo de meno-

res en otro piso del barrio. Curiosa, ¿no? La doble moral de esta gente...” (Ehrenhaus y Pérez, 1999: 63).

En este sentido, existen pocos documentos escritos a partir de los encuentros sobre okupación que se han celebrado a lo largo de todos estos años, aunque algunos textos individuales sí han continuado sistematizando de una forma autocrítica todos aquellos problemas que en algún momento se han percibido desde dentro del movimiento. Para finalizar, un ejemplo de síntesis, un tanto provocativo (y, por tanto exagerado) y sin ánimo de prolongar *ad infinitum* la discusión sobre los “fracasos” del movimiento de okupación, puede leerse en los siguientes extractos:

“Hay muchas okupaciones, pero están aisladas: no se ha logrado que éstas sean una solución a los problemas cotidianos de la población. Seguimos siendo unos bichos raros que, como mucho, podemos lograr una limitada y débil simpatía entre el vecindario. (...) Están desunidas. Es extraordinario el nivel de enfrentamiento (aunque sea soterrado) entre las okupaciones. En el mejor de los casos, lo que hay es indiferencia. (...) La okupación ha perdido buena parte de su mensaje político. Para mucha gente que vive-participa en dichos espacios, la lucha revolucionaria se limita a una estética (parches, chapas, camisetas, corte de pelo) y a unas actividades-actitudes supuestamente alternativas (por ejemplo, un sitio es alternativo y enrollado cuando tiene la priva barata). (...) El que aparente ser un antiloquesea, sólo puede ser del sistema. En una charla sobre los presos políticos en un C.S. okupado, se le pidió a un señor con bigote, bien vestido, que iba solo y que nadie conocía, que se pirase, que no se querían secretas. Resultó ser un militante de la Confederación Sindical Solidaridad Obrera. Desentonaba entre toda la peñita, sólo podía ser el enemigo. (...) Si en una asamblea de la okupa te encargas de algo pero es fin de semana, el calimotxo... y pasas de todo, sí que pasa algo. Sobre todo, que a tu chapuza se le suma la de los demás, creándose un efecto de bola de nieve, y tenemos una de las causas de nuestra crónica ineptitud. Repito, tu compromiso es libre, entonces si fallas y no lo cumples, trabajas para el sistema, frenas el esfuerzo de tu grupo, eres un bocarrana. Igual en lo referente a la coherencia. Si todos somos asamblearios, no te puedes saltar a la torera las decisiones que a ti no te gusten: tú pagas la entrada del concierto igual que los demás, aunque vivas en la okupa, y pagas la priva, aunque sean tus colegas, etc. (...) Nunca se explica qué es eso de ‘actividades al margen del sistema’. ¿Qué cultura construimos e intentamos sacar adelante? En la mayoría de los casos: fiestas y conciertos, y poco más. De hecho, cuando se okupa, no hay actividades para llenar ese espacio, porque pocas veces se hace algo antes. Sólo cuando tenemos el sitio es cuando nos plantemos llenarlo. En contadísimas ocasiones hay un trabajo previo de análisis de las necesidades reales del barrio: ¿dónde se junta la gente joven?, ¿qué necesidades consideran más importantes, si estas son compatibles con nuestras concepciones?, ¿qué asociaciones hay en la zona, cómo contactar con ellas, etc.? Nuestra cultura se reduce a música y estética. Y, si no, preguntar a las distribuidoras alternativas: lo que más venden es música y moda (camisetas, chapas...). (...) Los colectivos de las okupaciones no tienen ninguna continuidad en su trabajo, pasando de un tema a otro. (...) Muy pocos son los espacios en Madrid en que el aspecto de la okupa sea fundamental (limpio, agradable, cuidado), en que la impresión de que sea un sitio cutre no sea lo primero que se tenga. El sofá reventado a la basu-

ra, los escombros en sacos y a un contenedor cercano, las caquitas de 'los animales libres' recogidas por sus responsables, la paredes limpias o con graffittis, etc. etc. etc. (...) Antes de que tires el texto y busques al autor para partírla la cara, o desilusionado, pases de todo, apura el amargo trago de la conclusión a este compendio de trolas que no respetan tus ilusiones y tus puras intenciones. Ciertamente, hay una enorme distancia entre nuestra teoría y nuestra práctica. Eso es debido a las circunstancias que nos rodean (el sistema capitalista), a nuestra falta de reflexión individual y a los fallos que arrastran nuestras formas de organización. He exagerado a posta dichos fallos, olvidando los lados positivos, para que pienses y veas lo que nadie dice. (...) No puedes pretender que por el mero hecho de meterte entre 4 paredes, es decir, okupar, te liberas de años de comedura de coco, así, de un plumazo. (...) El sistema no se queda en la puerta de la okupación y dentro todos muy majos y enrollados. (...) En honor a la verdad, las dinámicas que este texto quiere denunciar, parece que poco a poco tienden a ser menos importantes en los nuevos espacios que se abren". (Anónimo J, 1998).

## BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., (1997) *Kontra la nada. Testimonios del Cine Okupado*, Kasa de la Muntanya, Barcelona.
- (2000) *Manifiéstate, que es muy lícito. Las detenciones y encarcelamientos del 12 de octubre de 1999*, Assemblea Detingudes 12/10/99 / Al Enemigo Ni Agua, Barcelona.
  - (2001) *Vivienda: especulación,... & Okupazioak*, Donostialdeko Okupazio Batzarrak-Likiniano Elkartea, Bilbo.
  - *Textos de debate sobre... desde la autonomía*, Bostezos, Madrid.
- ANÓNIMO, (1996) "Cuentos espaciales (Apoteogmas sobre la okupación)", [www.nodo50.org/laboratorio](http://www.nodo50.org/laboratorio)
- (1998) "De chapuza en chapuza hasta la victoria final. Reflexiones sobre los centros sociales, okupados, autogestionados, subversivos, alternativos, espacios liberados y adelante con los faroles", *Contra el Poder*, nº 1, Madrid.
- ASSEMBLEA D'OKUPES DE BARNA, (1997) "Liberación de espacios como centros Sociales Autogestionados", *La Lletra A*, nº 49, Barcelona.
- CASTELLS, M., (1986) *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*, Alianza, Madrid.
- COMISSIÒ DE DEFENSA DEL DRETS DE LA PERSONA, (1998) *Informe por la despenalización de la okupación. Análisis socio-jurídico sobre la necesidad de derogar el art. 245.2 del Código Penal*, Col·legi d'Advocats de Barcelona, Barcelona.
- EHRENHAUS, A.; PÉREZ, J., (1999) *El futuro es esto*, Reservoir Books, Barcelona.
- FEITO, R., (1997) *Estructura social contemporánea. Las clases sociales en los países industrializados*, S. XXI, Madrid.
- FUNTOWICZ, S.O.; RAVETZ, J.R., (2000) *La ciencia postnormal. Ciencia con la gente*, Icaria, Barcelona.

- Martínez, M.: Condiciones sociales de vida y autorreflexividad en el movimiento de okupación
- GAYO, A. et al., (1998) "Planeta Okupa. Los okupas desafían al sistema, mientras los jueces comienzan a darles la razón", *Interviú*, nº 1.138, Madrid.
- HERREROS I SALAS, T., (1999) "El moviment okupa a finals del segle XX", en Assemblea d'Okupes de Terrassa (comp.), *Okupació, repressió i moviments socials*, Kasa de la Muntanya-Diatriba, Barcelona (hay traducción al castellano, editada por Traficantes de Sueños, Madrid).
- IBÁÑEZ, J., (1985) *Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social*, S. XXI, Madrid.
- KASMIR, S., (1999) *El mito de Mondragón. Cooperativas, política y clase trabajadora en una ciudad del País Vasco*, Txalaparta, Tafalla.
- KNABB, K., (1997) [1999] *El placer de la revolución*, Radikales livres, Madrid.
- KOOPMANS, R., (1995) *Democracy from Below. New Social Movements and the Political System in West Germany*, Westview, Colorado.
- MARINAS, M., (1999) "De la evasión a la rebeldía. Una lectura sociológica del fenómeno OKUPA en España", en J.F.TEZANOS (ed.), *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, Sistema, Madrid.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, M., (1998) "Okupa y resiste. Conflictos urbanos y movimiento contracultural", *Contra el Poder*, nº 2, Madrid.
- (2000) *Teorías sociais do poder. Potencialidades, dominaciones, resistencias e comunicación*, A Nosa Terra, Vigo.
- MCKAY, G., (1998) "DiY Culture: notes towards an intro", en G. MCKAY (ed.), *DiY Culture. Party & Protest in Nineties Britain*, Verso, London.
- NAVARRETE, L. et al., (1999) *La autopercepción de los jóvenes okupas en España*, Instituto de la Juventud, Madrid.
- PICKVANCE, Ch., (1985) "The rise and fall of urban movements and the role of comparative analysis", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol.3.
- (1986) "Concepts, contexts and comparison in the study of urban movements: a reply to M Castells", *Environment and Planning D: Society and Space*, vol.4.
- RODRÍGUEZ, J., (1997) "Okupas. Guerra al Sistema", *El País*, Madrid.
- RUCHT, D., (ed.), (1991) *Research on Social Movements: The State of the Art in Western Europe and the USA*, Westview, Boulder.
- SAMPEDRO, V., (1996) *Nuevos Movimientos Sociales, agendas políticas e informativas: el caso de la objeción de conciencia*, CEACS, Madrid.
- VILLASANTE, T.R. et al., (2000) *La investigación social participativa. Construyendo ciudadanía/1*, El Viejo Topo, Barcelona.
- WILHELMI, G., (1998) *Lucha Autónoma. Una visión de la Coordinadora de Colectivos (1990-1997)*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- ZABALA, J.L., (1998) *Hasta la derrota, siempre*, Hiru, Hondarribia.